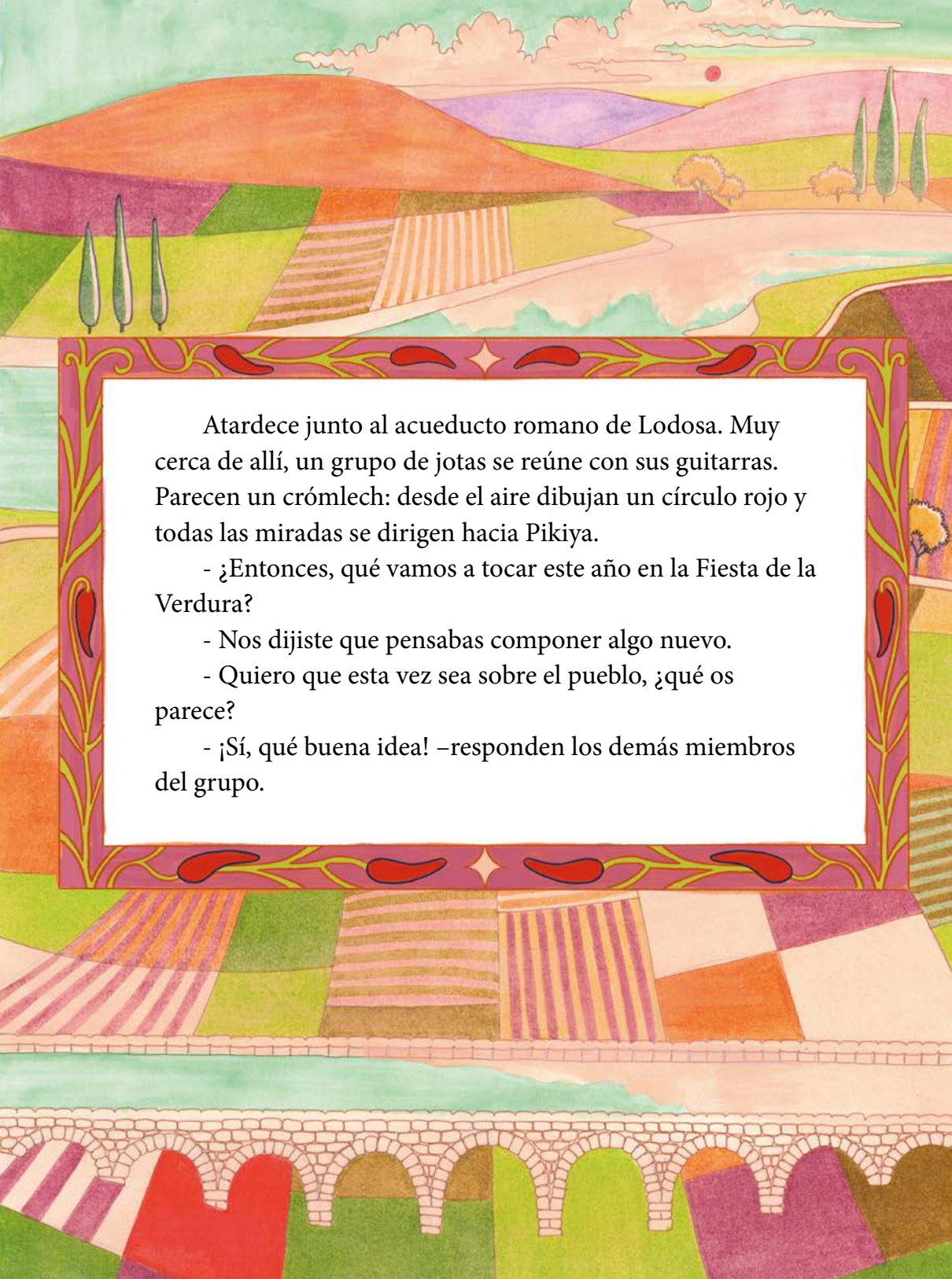
# PIKIYA VIAJA EN EL TIEMPO

## A la Lodosa romana, San Blas en los años 50 y julio del 36





Atardece junto al acueducto romano de Lodosa. Muy cerca de allí, un grupo de jotas se reúne con sus guitarras. Parecen un crómlech: desde el aire dibujan un círculo rojo y todas las miradas se dirigen hacia Pikiya.

- ¿Entonces, qué vamos a tocar este año en la Fiesta de la Verdura?

- Nos dijiste que pensabas componer algo nuevo.

- Quiero que esta vez sea sobre el pueblo, ¿qué os parece?

- ¡Sí, qué buena idea! –responden los demás miembros del grupo.

- Aunque de momento no he empezado a escribirla...

- Pero si queda poco tiempo, ¿podrás terminarla para que la ensayemos?

- Lo intentaré, claro...

- Y si no, podemos cantar una de las de siempre, al público le encantan.

Una niña muy pequeña les observa desde lejos y tira del brazo de su madre.

- Mamá, ¡es Pikiya! ¿Por qué no soy yo también una niña-pimiento? ¡Quiero cantar como ella!

Su madre le acaricia el pelo y le sonríe.

- Bueno, tú sabes dibujar muy bien –le responde. ¿Recuerdas el cartel tan bonito que dibujaste el año pasado, cuando Pikiya ganó el concurso de la Fiesta de la Verdura? Cada cuál tiene su propio don.

Le toma de la mano y observan juntas al grupo de pimientos joteros.

- Se me acaba de ocurrir algo, ¿y si intento improvisar, como los bertsolaris? –exclama Pikiya, mirando al acueducto romano, pensativa.

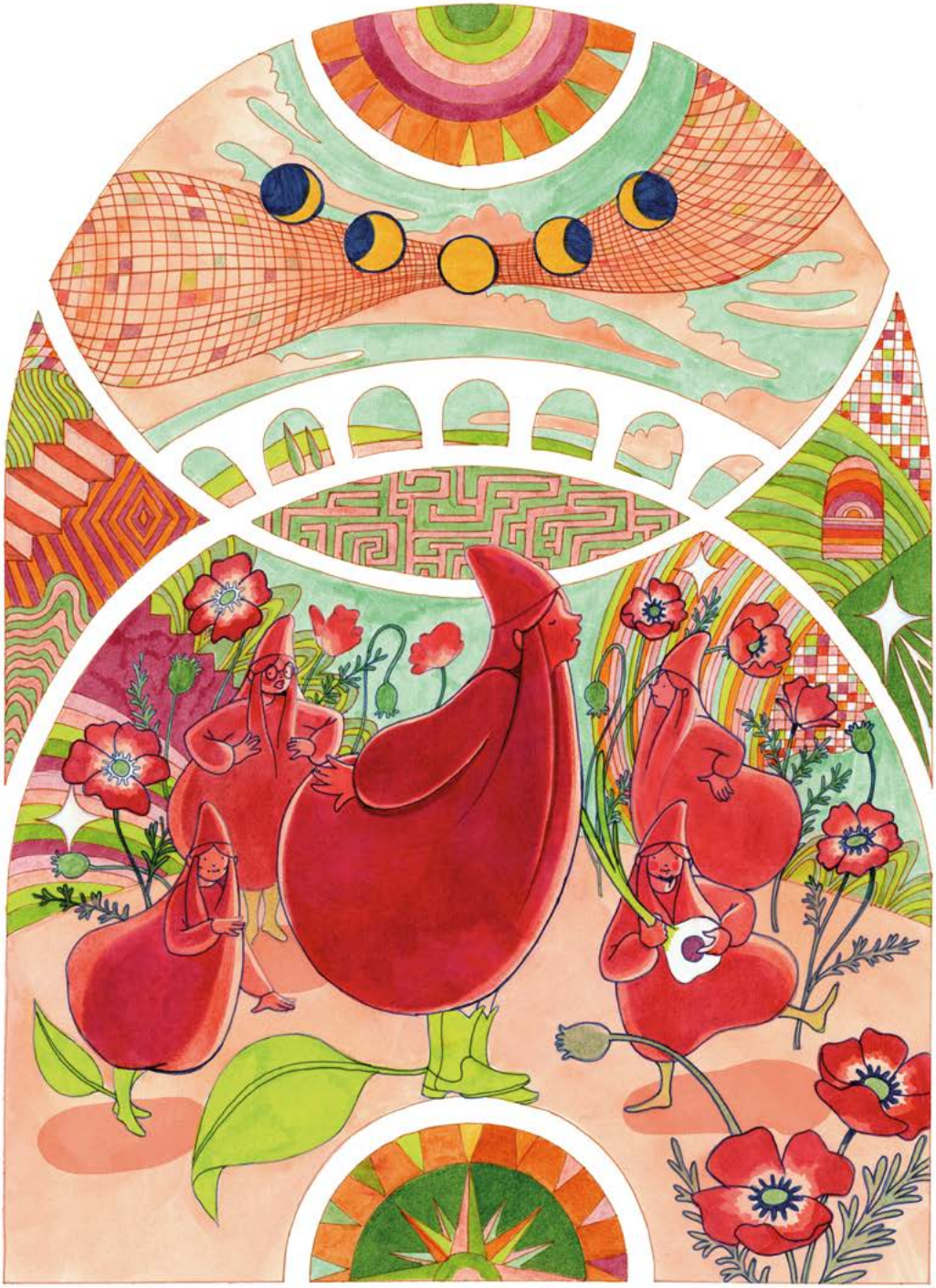
- Está bien, vamos a probar.

- Qué valiente eres.

- Venga, dadme unos acordes.

Los músicos se hacen una señal con la mirada y tocan unas primeras notas con sus guitarras.

Pikiya comienza a cantar.





En mi jota lodosanaaaaaa
cuento historias de mi puebloooo
que te pueden asombraaaaar...

Y lo hace con más intensidad y emoción de lo habitual. Los guitarristas tañen las cuerdas más y más fuerte y Pikiya, con su garganta desbocada y su pequeña campanilla roja y vibrante, deja al grupo pasmado.

Canto junto al acueductooooo
con mis dos brazos en jarraaaaa
y si cierro bien los ojooooos...



Cuando de pronto, se abren dos círculos en el cielo y en la intersección, surge una estela de planetas que giran. Una luz blanca baja hasta Pikiya, que desaparece dejando una nube de humo.

Al abrir los ojos, el acueducto conduce un gran caudal, tan nuevo que se diría que está recién construído y no parece tener fin... Y en lugar de sus amigos, hay otros niños con sus padres, que visten túnicas blancas drapeadas.

- ¿Están disfrazados? ¿Por qué, qué día es hoy? ¿Dónde están mis amigos? –se pregunta.

Y observa todo lo que sucede a su alrededor sin pestañear.

- Julio, venga, recoge tus juguetes, que nos tenemos

que ir a casa. Hoy vamos a las termas –le dice una madre a su hijo.

- No puede ser... ¿He viajado en el tiempo?

La cara de Pikiya resplandece de ilusión. Julio se le queda mirando y le pregunta:

- Se te ve muy contenta... ¿Tú también tienes termas hoy?

Pikiya le mira con los ojos y la boca tan abiertos y sin decir nada, que el niño sigue hablándole.

- ¿No eres de Hispania?

Pero Pikiya sigue callada, ojiplática y boquiabierta.

- ¿No hablas mi idioma?

- Me he perdido –confiesa.

- Ah, yo soy Julio. Tranquila, que mi madre, mi hermana y yo te ayudaremos a encontrar a tus padres.

- Ojalá... Muchas gracias. Me llamo Pikiya –responde con los ojos brillantes y una gran sonrisa.

- Pikiya, ¿como un pico de gallo pequeño?

Pikiya asiente.

- ¿Y por qué no vistes túnica?

- De donde vengo vestimos así.

Julio se le queda mirando.

- Debe de estar muy lejos ese pueblo tuyo.

Se queda pensativa, con el sonido del cauce del río Ebro sobre el acueducto. Julio señala la construcción romana y le cuenta algunos detalles.

- ¿Sabías que canaliza las aguas desde la Sierra de Codés hasta la ciudad de Calagurris, a lo largo de 30

kilómetros? Y tiene más de 100 arcos.

- ¿En serio?

Pikiya abre bien sus ojos para no perder detalle.

- El agua que trae también se utiliza para regar las huertas. Y abastecer de agua a la naumaquia de Calagurris –le asegura.

Pikiya ni se inmuta.

- ¿No conoces la naumaquia? Son combates navales en el coliseo. Imagínate una batalla en un anfiteatro inundado, donde dos flotas se enfrentan para obtener su libertad.

- ¿Dos flotas?

- Sí, dos conjuntos de barcos grandes y toda su tripulación, luchan en el agua.

Pikiya abre la boca y los ojos como platos.

- Quizá podíamos ir un día... Si te quedas el tiempo suficiente.

- Debe de ser muy impresionante...

La madre de Julio conversa con un grupo de mujeres. Se despide de ellas y se les acerca.

- Vamos, Julio.

- Mamá, te presento a Pikiya: se ha perdido. ¿Me puedo quedar con ella mientras encuentra a su familia?

- Está bien, voy a buscar a tu hermana. Estaré de vuelta enseguida. No os vayáis lejos, ¿eh?

- Vale, mamá.

Ambos se tumban sobre la hierba bajo unos rayos de sol. La cantante de jotas sueña despierta con una espectacular naumaquia. Recrean la batalla de Salamina,

con los gladiadores vestidos de persas y griegos. Son un total de 12 enormes barcos trirremes por bando, dos de ellos, hundiéndose en el agua entre llamas. Varios botes de remo se alejan de las embarcaciones con los supervivientes. Un conjunto de músicos acompaña a la acción sobre el agua con la tuba romana, tímpanos, aulos y cítaras. La música añade ritmo e intensidad a la escena. Las gradas, de ladrillo y mármol, están repletas de decenas de miles de bulliciosos espectadores vestidos con togas blancas, que ovacionan a los vencedores. Y bajo un porche de enormes columnas, presencian el espectáculo el emperador y su séquito.

- Si te gusta el agua, puedes venir hoy con mi familia y conmigo a las termas.

Pikiya se queda mirando a su nuevo amigo.

- ¡Me encantaría!



La madre de Julio regresa con una niña de la mano.

- Pikiya, te presento a Flavia: es mi hermana.

- Así que aún no has encontrado a tus padres. ¿Dónde vives? Te acompañaremos –le dice la madre.

- Mmm... está lejos y no me sé bien el camino, pero quizá estén en las termas.

- Está bien, iremos a las termas. Pero antes pasaremos por casa.

Pikiya les acompaña dando



saltos de alegría.

La casa está construída de piedra y adobe. Entran por un patio porticado, con mosaicos de escenas mitológicas, cuyo interior está decorado con pinturas murales y grandes tinajas.

- Qué casa tan bonita –dice Pikiya.

- Puedo dejarte una túnica –le ofrece Flavia.

- ¡Sí, quiero vestirme como tú!

Le ayuda a ponérsela y ella está feliz, vestida como una auténtica niña-pimiento romana.

Una vez en el monumental recinto de las termas, Julio, Flavia y Pikiya juegan a pelota en la palestra. Los suelos y paredes están adornados con mosaicos que representan atletas, personajes literarios y divinidades romanas. En los alrededores hay más niños y niñas que juegan, y adultos que se encuentran y conversan en corros.

- ¿Vamos a buscar a mamá para ir a bañarnos? –propone Flavia.

- Sí, y nos cambiamos en los apodyterium –responde Julio.

- Aquella es la sala de lectura, ¿nos asomamos? –sugiere Flavia.

Los tres entran sigilosamente. Dentro, un grupo de personas conversa en círculo. En las paredes, las estanterías almacenan rollos de papiro y pergamino. Y está decorada con mosaicos y esculturas de escala humana.

Después, atraviesan los jardines, donde hay un conferenciante ante un numeroso público. Allí encuentran a la madre de Julio y Flavia, que les da toallas y enseres de aseo.

- Compartidlos con Pikiya.

Flavia entrega a su amiga una toalla, una esponja, jabón y un pequeño recipiente esférico de bronce con

cuello estrecho.

- ¿Qué es esto? –le pregunta.

- Es un aríbalo: contiene aceite perfumado para hidratar el cuerpo antes del baño, mira qué bien huele.

Una vez en la zona de los baños, la atmósfera está llena de vapores y se escucha un gran estruendo de agua que cae por distintos puntos del recinto. En las paredes hay frescos y mosaicos.

Flavia entra al frigidarium corriendo y una vez dentro, levanta agua con las dos manos. Le siguen Pikiya y Julio, que desatan una pequeña guerra lanzándose agua helada entre gritos. Después, se dirigen a la sala del tepidarium, que está decorada con escenas de héroes y monstruos, donde reposan unos minutos.

- Esas pinturas en las paredes me encantan –afirma Pikiya.

- Es Ulises peleando con Escila y Caribdis, dos monstruos marinos –añade Julio.

A continuación, se sumergen en la pileta templada, donde chapotean rodeados de una multitud de personas. Ya camino del vestuario, ven al fondo la sala de vapores y la pileta de aguas humeantes del caldarium.

- Esa parte es solo para los adultos porque está muy muy caliente –explica Julio.

Después de cambiarse, salen de nuevo a la calle. En los alrededores de las termas hay mucha animación: vendedores de perfumes, puestos de salchichas y pastelillos, o de alquiler de toallas y sandalias, e incluso,

adivinadores, astrólogos, filósofos y comediantes, rodeados por grupos de espectadores.

- Los pastelillos de aquel puesto son mis preferidos –les dice Flavia señalándolo con el dedo.

Se acercan a escuchar a un comediante, cuando llega la madre de sus amigos.

- Os lo habéis pasado bien, ¿eh? Me alegro. Ahora hay que encontrar a tu familia, Pikiya. Acompañadla, tienen que estar buscándole muy preocupados, y no andarán lejos.

Los tres caminan de la mano entre la gente que pasea relajada tras el baño. Los hermanos están muy pendientes de Pikiya, que finge buscar a sus padres. Al cabo de un rato, se detiene, alicaída.

- Mis padres no están aquí.

Julio y Flavia se miran.

- He viajado en el tiempo y no sé cómo volver –les confiesa.

- Ya nos habíamos dado cuenta –le responde Flavia, poniendo su mano sobre el hombro de la niña-pimiento–. Vamos a caminar por la orilla del río para pensar en una solución. A mí siempre me funciona.

- Pero tened cuidado, ¿eh? Mi madre nos dice que no miremos fijamente al agua –advierte Julio.

- ¿Y eso por qué?

- Porque las aguas pueden atraer a la gente y hacerla caer.

- ¿En serio dice eso?

Los tres continúan caminando en silencio por la orilla del Ebro hacia Mendavia. Al cabo de un buen rato, se detienen a beber en una fuente, cuando de pronto, entre el murmullo de la corriente del río, creen escuchar el canto de una mujer.

- ¿Escucháis lo mismo que yo? ¿Quién canta? –pregunta Pikiya.

Se giran buscando el origen de la melodía, hasta que ven a una muchacha subida a un árbol y una larga cola de pez que asoma entre las ramas.

- ¡Una sirena! –exclama Pikiya.

- Es la Xana –le dicen sus amigos.

- La Xana...

- Tened cuidado, mamá dice que si te distraes escuchando sus cantos, te puedes caer en los remolinos del río –les susurra Julio.

- Ay, sí, tranquilo, que no va a pasar nada –le dice Flavia.



- Claro que no –les responde con una sonrisa.

Y mientras, mecidos por la dulzura de su voz, admiran el brillo de sus escamas verdes y de su cabello dorado al sol, ella entona una canción que se confunde con el murmullo del agua. Cuando termina, Pikiya se dirige de nuevo a ella:

- Xana, tengo un problema, quizá puedas ayudarme.

- Si no me lo cuentas, no podré.

- Me he perdido en el tiempo.

La Xana cierra los ojos y guarda silencio durante unos segundos.

- Podrás regresar utilizando tu don –le responde, con un brillo cómplice en la mirada.

- ¿Mi don? –se pregunta Pikiya.

- Tú eres cantante, ¿no? Entonces debes cantar –le dice Flavia, poniéndole la mano sobre el hombro–. Pikiya abre mucho los ojos y dibuja una "o" con sus labios de niña-pimiento. Luego, se pone en pie y comienza a entonar una jota muy pero que muy concentrada.

Canto junto al acueductoooo
con mis dos brazos en jarraaaa
y si cierro bien los ojoooos
puedo ser niña romanaaaa
y vestir túnica blancaaaa...

Y lo hace con tanta intensidad y emoción, la garganta desbocada y su pequeña campanilla, roja y vibrante, que asombra a sus amigos y a la mismísima Xana.

- Bueno, todavía no ha pasado nada –observa Pikiya, mirando a su alrededor impaciente y algo aliviada.

- Tendrás que seguir intentándolo –le anima Julio.

- Ese es el camino... –le dice la Xana con su sonrisa luminosa, guiñándole un ojo.

- Está bien –les responde, y retoma la jota.

O presenciar la naumaquiaaaa
con dos flotas enfrentadaaas
y jugar en la palestraaaa
de las termas y en sus aguaaaas...

Cuando de pronto, se abren dos círculos en el cielo y en la intersección, surge una estela de planetas que giran. Una luz roja desciende hasta Pikiya, que desaparece dejando una nube de humo.

Y cuando abre los ojos, se encuentra en medio del desierto.

- ¿Dónde estoy? ¿Será cerca de casa?

A lo lejos, un grupo de pastores camina entre el polvo con su ganado. Uno de los toros se detiene. Divisa algo rojo y se escapa corriendo para verlo de cerca y comprobar qué es.

Pikiya, de pronto, se fija en uno de los toros, que corre hacia ella.

- No puede ser. Cantaré más fuerte –se dice–. Si al menos pudiera volver junto a Flavia y Julio...

Cierra los ojos y sigue cantando.



Entre Lodosa y Mendaviaaaa
en la fuente de la Xanaaaa
hay una mujer-pez que cantaaaa.
Si te acercas a esa fuenteeee
no mires tanto sus aguaaaas
o podrás caer al ríoooo
y perderte en sus tinajaaaaas...

Mientras, el toro se le acerca y descubre a Pikiya cantando. Ella, cuando abre de nuevo los ojos, se pega un gran susto. En vez de volver al ensayo con su grupo de jotas del pueblo junto al acueducto, o a la orilla del Ebro, en la fuente de la misteriosa Xana, sigue estando lejos de sus amigos en un lugar muy árido, frente a un toro con una flor en la boca, que la observa embobado.

- ¡Ahhhhhhhh! –grita Pikiya.

- ¡Ahhhhhhhh! –grita el toro.

- ¿Tú por qué gritas, qué pasa?

- ¿Y tú?

- Ah, es que nunca había hablado con un toro. ¿No me vas a perseguir?

- El rojo de tu pelo y tu ropa han llamado mi atención y me han traído hasta aquí. Pero tu manera de cantar... me ha conmovido –le dice el toro con los ojos húmedos.

- ¿Te has emocionado? ¿De verdad?

- No, no, no...

Pikiya le sonríe y le acaricia el lomo amistosamente.

- Tranquilo, está bien, le pasa a mucha gente.

La niña-pimiento le ofrece un pañuelo.

- De verdad que no es eso, tengo alergia a los ácaros del polvo.

Pikiya tuerce los labios y le mira de reojo, incrédula.

- Eso debe de ser muy malo para caminar por una tierra tan árida y polvorienta como esta –le dice.

- Ya lo creo. Sí, lo es.

- Por cierto, soy Pikiya. Uy, ya no se ve al resto de animales que iban contigo, ni a los pastores... ¿Tú también te has perdido?

El toro se queda mirando el horizonte desierto con el viento en el hocico.

- Yo estoy deseando volver a casa... Pero también me gustan las aventuras –añade Pikiya con una gran sonrisa.

- ¿Cuándo vas a volver a cantar? –le dice el toro mascando la flor que lleva en la boca, con una media sonrisa.

- Luego cantaré algo más. Pero antes, te voy a enseñar mi pueblo. Iremos por allí –exclama Pikiya, señalando un camino.

Los dos amigos caminan juntos por la tierra árida y rojiza, hasta que el paisaje se va volviendo más verde y empieza a distinguirse, entre la bruma, la silueta del acueducto.

- Uf, ya estoy cansada de andar –se queja Pikiya.

- ¿Quieres subirte encima de mí? Venga, te llevo –le ofrece el toro.

- Está bien –le responde la niña-pimiento.

- Voy a agacharme para que puedas subirte, ¿de acuerdo?

Ella asiente y se sube sobre el lomo del animal, agachado junto a ella. Una vez que la niña se coloca encima, se levanta con mucho cuidado para que no se caiga.

- ¡Halaaa! Desde aquí se ve todo mucho mejor –grita Pikiya.

El toro sonríe y camina despacio hacia Lodosa, cuya silueta se adivina a lo lejos.

Al llegar al pueblo, Pikiya mira a su alrededor y no lo reconoce del todo.

- Qué extraño –se dice–. Tengo la sensación de que es más pequeño y de que hay menos casas...

Al cabo de un rato, a la izquierda, ve una tapia alta que bordea un gran edificio. Es una nave rectangular de tres plantas cuya iglesia sobresale.

- Y ese colegio... Nunca lo había visto. ¿Dónde está la Casa de Cultura? ¿Tampoco hay coches...?

En ese momento, pasa un carro de caballos y un hombre que lo guía a pie, y se asusta muchísimo al ver al toro.

- Tranquilo, que no hace nada –le dice Pikiya, levantando la palma de la mano.

- ¡Cuidado niña, qué haces montada en ese toro! Si te ven tus padres... –le contesta el hombre.

- No tengo ni idea de quién es este señor.

Continúan atravesando el pueblo, y una vez pasada la



plaza, se baja del toro y se queda mirando el escaparate de la pastelería García, a rebosar de bandejas de magdalenas, mantecadas y roscos con confites.

- ¿Desde cuándo está aquí la pastelería? Hay muchos tipos de pastas pero no tienen ni croissants, ni trenzas...

tampoco sillas y mesas donde sentarse.

Mientras, un niño de unos 12 años con bata de colegial, camina por la calle empujando un remolque de hierro de dos ruedas. Al ver al toro, lo suelta y se echa a correr. El animal, al verle, sale tras él, y le persigue por todo el pueblo.

- ¡Ay, ay, ay, ay, ay! –exclama el niño, corriendo con todas sus fuerzas.

Después de unos minutos calle arriba y calle abajo, se dirige hacia las cuevas y el toro le persigue hasta allí. El niño abre la puerta de una cueva habitada, y una vez en su interior, llega hasta un dormitorio con la pared y las cortinas blancas. Sobre una mesilla, hay una lámpara de luz cálida. El toro entra en la habitación, y lo arrincona contra la pared.

- ¡Te pillé! Jajaja –ríe el toro.

- ¡Socorro! –grita el niño–. ¡No me hagas daño! –le suplica, acurrucado.

- Ey, ¿qué pasa?, ¿Estamos jugando, no? Ahora te la paras tú.

El chico traga saliva y mira fijamente al toro, con los ojos muy abiertos. Poco a poco, se incorpora y respira hondo, poniéndose la mano en el pecho.

- Menudo susto me has dado. ¿De verdad estabas jugando?

- Claro. Ahora que lo pienso, he dejado a mi amiga sola en el pueblo...

- Venga, te acompaño.

Regresan juntos desde las cuevas.

- Yo soy de Pamplona, pero estudio en el colegio de frailes y hago los recados. ¿Y tú, tampoco eres de aquí, verdad? No te había visto antes.

- Yo vengo de la montaña. Llevábamos varios días caminando, unos cien mil animales trashumantes: toros, vacas y rebaños de ovejas con sus pastores, pero me he distraído y les he perdido la pista. Así que ahora, estoy aquí.

- ¿Y dónde están los demás?

- Seguirán por las cañadas, los caminos por los que bajamos desde la montaña a invernar en la Ribera y la Bardena, en el sur de Navarra.

- Y tú, ¿te vas a quedar?

- Puede que sí –le responde el toro con una sonrisa.

En las calles del pueblo, algunas personas se desplazan en bici, pasa un carro de caballos y varios burros cargados con puerros, berza, remolacha y cebollas. Entre los rebuznos, suena el claxon de un coche, el único que pasa por allí. Se reúnen con Pikiya, que sigue frente a la pastelería, y los busca con la mirada.

- ¿Dónde estabas? Le habrás asustado un montón –le dice señalando al niño.

- La verdad es que sí, un susto de muerte. Pero es muy simpático.

- Es verdad. A mi también me ha asustado al principio, tan grande... pero es buen compañero –Le sonríe la niña–. Yo soy Pikiya, ¿y tú?

- Me llamo Andrés. ¿Entramos a la pastelería? Yo suelo



pasarme a saludar.

- Vale.

Dentro de la tienda hay bandejas sobre el mostrador con magdalenas, merengues, mantecadas, bollos suizos, rosquillas, pastas de té y pasteles rellenos de nata o crema.

El calendario en la pared marca el 3 de febrero de 1953.

- Hoy tenéis más surtido que de costumbre –le dice Andrés a la joven tras el mostrador.

- Y más trabajo, que es San Blas –responde ella.

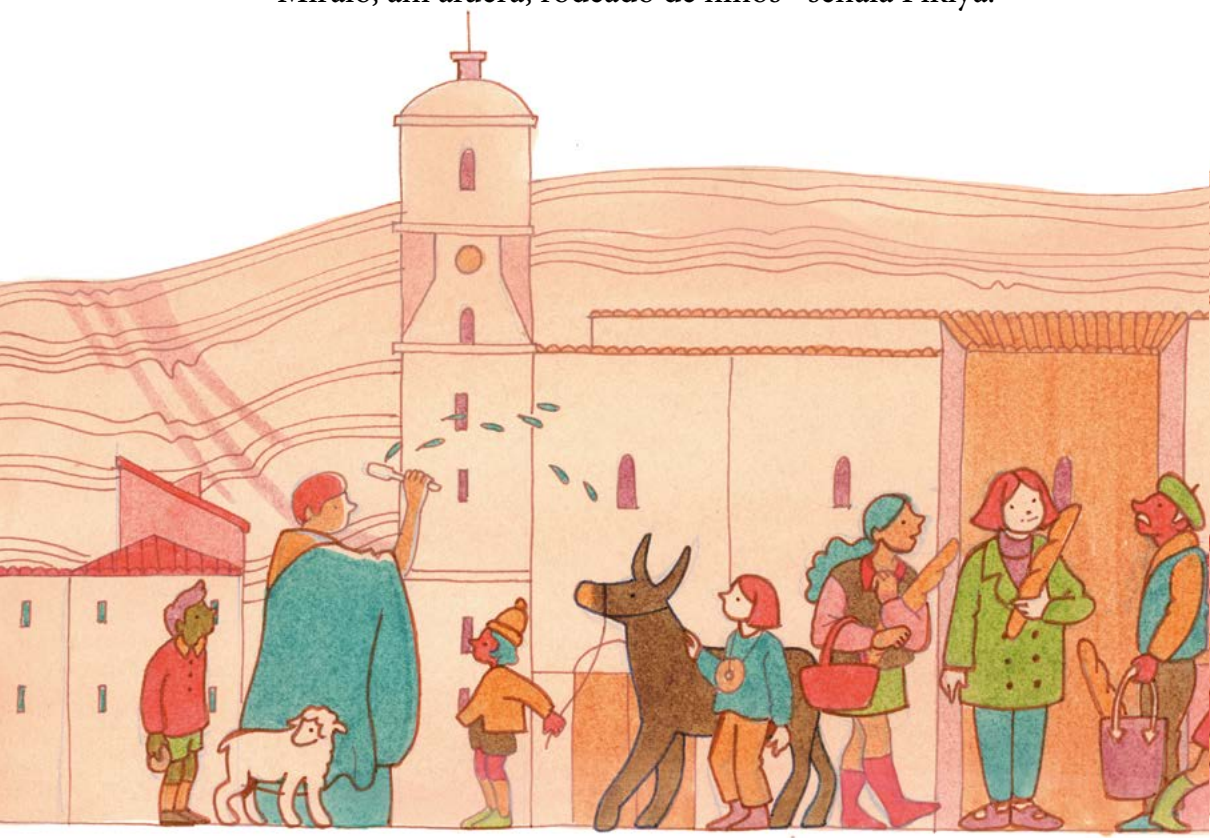
Varias mujeres con bandejas de pastas esperan su turno.

- Preparan la masa para hacer las pastas en casa y las traen aquí para que las cuezan en el horno –explica Andrés a Pikiya.

- Mmm... qué olor tan bueno.

- Nuestro amigo el toro, ¿dónde está?

- Míralo, ahí afuera, rodeado de niños –señala Pikiya.



- Hoy se bendicen roscos y animales desde la torre de la iglesia.

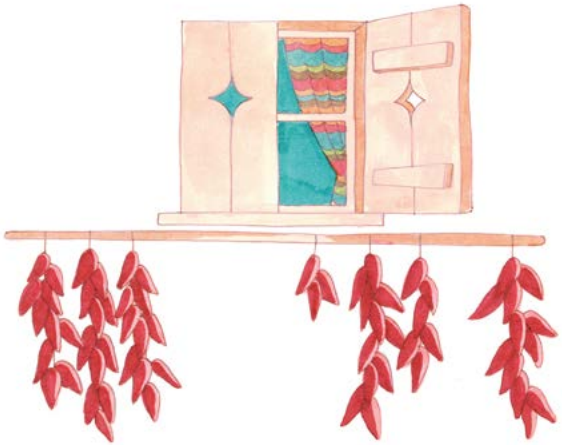
- Aquel niño pequeño lleva tres roscos colgando del cuello, ¡son más grandes que él! –observa la niña-pimiento, entre risas.

Ambos salen de la pastelería y se dirigen a la plaza, que está repleta de gente y animales, hasta el pórtico de la iglesia, a reunirse con el toro.

- Me han traído aquí estos niños, han insistido tanto... –les confiesa.

- Te van a bendecir, que es un deseo de que todo sea bueno para ti –le explica un niño a su lado, con un rosco enorme colgando del cuello.





- Eso debe de pesar, –le dice Pikiya, señalando el rosco.

- Pero luego me lo comeré, jajaja –le responde el niño.

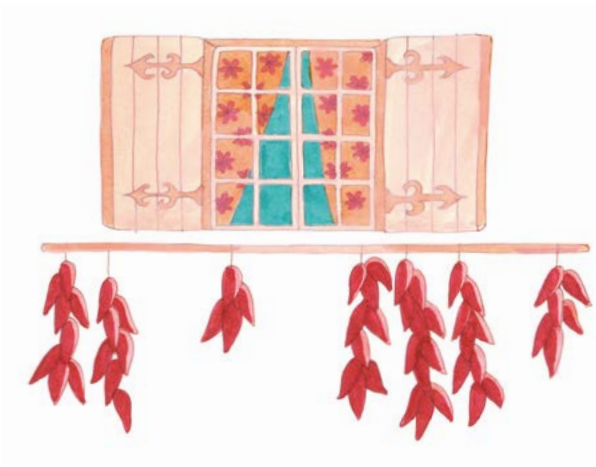
En la plaza hay perros, ovejas, vacas, gatos y una multitud de niñas y niños con sus padres que llevan roscos de San Blas.

- Tengo que hacer unos recados para el colegio, ¿me acompañas? Te puedo enseñar un montón de lugares interesantes.

- Vale, voy contigo –responde Pikiya.

Mientras los dos se alejan, el toro se queda charlando con el niño del rosco al cuello.

- En Lodosa no puedes perderte la tradición del asado de pimiento en las puertas de las casas: hay un olor delicioso. Y en otoño, el pueblo se vuelve rojo.



- ¿Rojo? –pregunta el toro, sobresaltado y levantando una ceja.

- ¡Sí! Los pimientos, ensartados en ristras, cubren las fachadas de las casas. Se cuelgan del techo y los ponen a secar en terrazas cubiertas, en filas.

El toro sueña despierto con esa visión idílica del pueblo en que las fachadas de las casas se vuelven rojas casi por completo.

- Me encanta el rojo: no lo puedo evitar –confiesa el toro, volando en su memoria al momento en que divisa a Pikiya a lo lejos y echa a correr hacia ella, dejando atrás rebaño y pastores.

Mientras, Andrés y la niña-pimiento recorren Lodosa.

- Mira, esta es la fábrica de baldosas. Podemos entrar a echar un vistazo –le indica Andrés.

Dentro hay un hombre sentado que trabaja meticulosamente. Multitud de baldosas de colores están dispuestas sobre una mesa grande.

- ¿Podemos ver cómo las haces? –pregunta el niño.

- Claro, acercaos. Utilizo estas plantillas con diferentes dibujos y en cada dibujo, vierto líquidos de colores.

El artesano les muestra el proceso mientras trabaja.

- Son de cerámica y después, coloco cemento. Cualquier día os venís a trabajar conmigo, jajaja.

- Quién sabe... ¡Y gracias! Ahora tengo que ir al guarnicionero –le comenta a Pikiya–. Es aquí enfrente. ¿Vamos?



A través de la cristalera, se aprecian correajes para animales de todos los tamaños, y también cinturones y monturas de caballo.

- Traigo unos patines para



arreglar con la correa estropeada.

- A ver, enséñamela.

El niño coloca sobre el mostrador un par de suelas de hierro, pesadas y ruidosas, con cuatro ruedas. Una de las correas de cuero con que se atan a los tobillos está rota.

- Muy bien, para mañana la tendrás arreglada.

Salen de nuevo a la calle.

- Cómo huele a cuero ahí adentro –señala Pikiya.

- Ahora vamos a la oficina de Correos. ¿Ves aquel edificio? Allí está la fábrica de gaseosas Sevilla. Hacen una limonada buenísima, a veces llevo unas botellas para los frailes.

- ¿Y a los alumnos no os dan?



- Una vez que hicimos una excursión a Estella porque era el aniversario de la Virgen del Puy, nos dieron tortilla de patatas en mal estado y acabamos todos enfermos en la cama. Y

nos dieron cucharadas de gaseosa para curarnos.

- ¿Solo eso?

- Sí.

- Y allí está la casa del zapatero, le traje unos veinte pares de zapatos el otro día –le cuenta, señalando una bajera.

- ¿Tú solo le llevaste veinte pares de zapatos? –le pregunta Pikiya.

- Sí, con un remolque. En el colegio vivimos unos 130 niños de tres cursos más los frailes, que son 19. Pero a diario usamos alpargatas, le explica mostrándole las que lleva puestas. Los zapatos son para ir a misa los domingos.

- Todo esto es mucho trabajo para ti...

- Tengo suerte, me gusta salir del colegio y hablar con la gente, aprendo muchas cosas.

Siguen caminando juntos por la calle Mayor.

- Ay, si tenía que recoger un telegrama, ya no me acordaba. Vamos un momento a la central de teléfono. Es la oficina que está junto a Correos, en los bajos del ayuntamiento –le dice a Pikiya.

En la central, una



mujer sentada con unos cascos, enchufa y desenchufa clavijas para responder llamadas. Pikiya observa sus movimientos con atención. Hay una fila de gente que espera para hacer llamadas en unas cabinas numeradas.

- ¿Por qué vienen a llamar aquí?, ¿no tienen teléfono? –pregunta la niña-pimiento.

- La mayoría de las casas no, por eso la familia que se ocupa de la central, recibe las llamadas y los telegramas y pasa los avisos. En el colegio sí hay teléfono, pero son muy pocas las familias que pueden tenerlo –le explica Andrés.

Pikiya le mira muy sorprendida. Una chica tras el mostrador les entrega el telegrama y salen a la calle.

- Ahora voy a necesitar el remolque. Lo he dejado antes por ahí tirado, cuando me he echado a correr al ver al toro...

Salen a buscarlo y lo acercan a la puerta de la oficina de Correos, que es contigua a la central de teléfono.

- Buenos días, vengo a recoger los paquetes del colegio.

- Aquí los tienes.

Entre Pikiya y Andrés recogen nueve paquetes. Salen con ellos a la plaza y los colocan en el remolque. El niño busca en ellos los nombres de los destinatarios, y una vez que ha leído todos, se queda cabizbajo.

- ¿Esperabas algún paquete para ti?

- Es que mañana es mi cumpleaños.

- Bueno, llegará mañana –le anima Pikiya, dándole una palmada en la espalda.

- Mira, ahí viene la Napal, el autobús de Estella. Trae el pescado de San Sebastián.

Se baja el conductor y saca del maletero una caja grande que deposita sobre la acera.

- ¡Está congelada! –dice Pikiya.

- Claro, llevan hielo para conservar el pescado fresco. Entre los dos, la cargan en el remolque.

- ¿Qué te pasa en las manos?

Andrés las tiene inflamadas y rojizas.

- Son sabañones por el frío. Me pican, sobre todo cuando entro en calor.

- ¿No tenéis calefacción?

- En la enfermería, en la sala de visitas y en las celdas de los frailes, sí, pero en el resto del colegio, no.

- Vaya frío debéis de pasar entonces.

Andrés abre la caja para mostrar el pescado con hielo a Pikiya.

- Mira qué fresco llega. Una vez por semana traen chicharro, verdel y merluza para los padres. Y a veces, también sardinas.

- Menos mal que tienes el remolque... ¿Hemos terminado los encargos?

- Casi todos. Solo me quedan los pedidos de golosinas de mis compañeros.

- Anda, eso me interesa... jajaja.

Caminan juntos y Andrés empuja el remolque hasta la puerta de la tienda, que está justo enfrente de la pastelería García. Dentro hay guantes, pañuelos, bufandas de hombre

y de mujer, calzado, libros, juguetes y utensilios de todo tipo. Tras el mostrador, les saluda un hombre muy risueño.

- Hola, ¿qué querías?

- Hola, quiero diez bolicas de anís, quince chicles de fresa y diez puros: cinco de caramelo y cinco de café con leche.

Le entrega bolas de anís de muchos colores: blancas, azules, rojas... y los puros, que están muy bien envueltos en papel de celofán.

- Ahora tengo que llevar el remolque al colegio, ¿quieres venir?

- Voy a buscar al toro, andará dando vueltas por el pueblo.

- Vale, nos juntamos en un rato en el puente del Ebro. Quiero enseñaros algo.

- ¡Nos vemos enseguida!

Pikiya encuentra al toro donde lo dejaron, cerca de la iglesia. Todavía hay mucho ambiente y niños con roscos y animales. Pasean juntos hasta el Ebro, y se reúnen con Andrés en el puente de piedra. Justo allí, hay una barca para cruzar el río, que pende de una sirga por la que se desplaza la embarcación de lado a lado de la orilla.

- ¿Podemos montarnos? –pregunta el niño al barquero.

- Adelante, subid.

- ¿No nos vamos a hundir? –insiste Pikiya, preocupada.

- Por esta barca ha pasado mucho ganado, no temas –le responde.

Suben los tres a la barca y comienzan a cruzar el río.



- Voy a cantar una jota para amenizar el paseo, ¿qué os parece? –propone Pikiya.

- Síií, cántanos una jota, responde el toro. Es la mejor.

- Si cantas tan bien, os regalaré el viaje –añade el barquero.

Pikiya cierra los ojos, pone sus brazos en jarra, y entona una jota.

En la fiesta del pimientoooo
el pueblo se vuelve rojoooo
se engalanan las terrazaaas
con ristras en las fachadaaaas.

- ¡Bravo, bravo! –exclama el toro.

Andrés la escucha fascinado. Mientras, hay un gran estruendo: unos niños tiran petardos en la orilla.

- No regresaré justo ahora... –se pregunta Pikiya. Y continúa cantando, con más intensidad y emoción, ante el asombro de sus amigos en la barca.

Son mi jota y mi colooor
lo que ama el toro bravooo
que al escucharme cantaaaar
deja de ser trashumanteeee
y aquí se quiere quedaaaar.

El toro y Andrés aplauden muy fuerte, y una lágrima resbala sobre la mejilla del toro, cuando de pronto, se

abren dos círculos en el cielo y en la intersección, surge una hilera de planetas que giran. Una luz azul baja hasta Pikiya, que desaparece en una nube de humo.

Y cuando abre los ojos de nuevo, comprueba que se ha trasladado a la Plazuela del pueblo, entre disparos y animales que huyen despavoridos de la gran carpa circular del circo Anastasini.

Echa a correr, cuando se da cuenta de que una gran sombra ha eclipsado la luz de la calle a la que se dirige. Tiene un presentimiento: debe seguir por allí.

Una vez en la calle, el misterio se desvela: hay un enorme elefante corriendo delante de la gente que tapa la luz del sol. Un niño negro de unos 13 años tira de él. Pikiya se escabulle entre la multitud y lo alcanza.

- Vamos, seguidme hasta las cuevas, sé dónde podemos refugiarnos –les dice.

Una vez en las cuevas, respiran tranquilos porque allí no llegan los disparos. En un momento dado, el combate se detiene. Les han seguido muchas de las personas que corrían huyendo por las calles del pueblo.

- ¿Qué ha pasado? –pregunta el cuidador del elefante.

Pikiya se encoge de hombros.

- Estamos en guerra, chaval, los del circo habéis tenido la mala suerte de estar en medio –le responde un anciano.

- Mala suerte hemos tenido todos –replica una mujer joven con un bebé en brazos que no para de llorar.

Unas horas después, quienes no tienen casa a la que volver, permanecen juntos cerca de las cuevas. Muchas



personas deambulan por el pueblo buscando a sus familiares y amigos. En la Plazuela, ya no quedan apenas integrantes del circo, tan poblado solo unas horas antes.

- No he pasado tanto miedo en mi vida –replica la

niña-pimiento.

- Has sido muy valiente y nos has guiado a salvo hasta aquí, responde el joven cuidador del elefante.

- Tan solo habéis podido hacer una función –le dice un niño–. Yo no tenía dinero, pero me invitaron.

- La carpa circular es inmensa... Y eran más de 50 artistas, payasos, equilibristas, cuidadores de animales... ¿Dónde estarán ahora? –se pregunta una niña, cabizbaja.

- Me reí mucho con los payasos y lo que más me gustó fue el número de una chica de unos 14 años que hacía cabriolas sobre los caballos, poniéndose de pie mientras daban vueltas a la pista –añade el niño.

La niña le observa con los ojos brillantes.

- Los payasos eran los afamados Carpí, también tenían unos equilibristas y llevaban consigo unos músicos buenísimos –añade una anciana.

Todo el mundo mira al elefante con algo de temor y una gran curiosidad. Y probablemente, se pregunta qué se puede hacer para darle una salida a este fantástico animal. Pikiya le acaricia el lomo y él, barrita.

- Qué piel tan dura y rugosa tienes... ¿Estás asustado? Parece que solloza –afirma buscando con la mirada al cuidador.

- Claro que está asustado, es imposible no estarlo después del día que hemos pasado, ¿o no? Hemos sobrevivido de milagro.

- Tienes razón.

Tras varios días, el ambiente parece más calmado. Con tanta tensión, Pikiya no ha sido capaz de cantar para volver a casa. Han sobrevivido con ayuda de los vecinos, que les han dado refugio y comida.

- Estos caballos del circo... servirán para las labores del campo –afirma una mujer, mientras tira de uno de ellos.

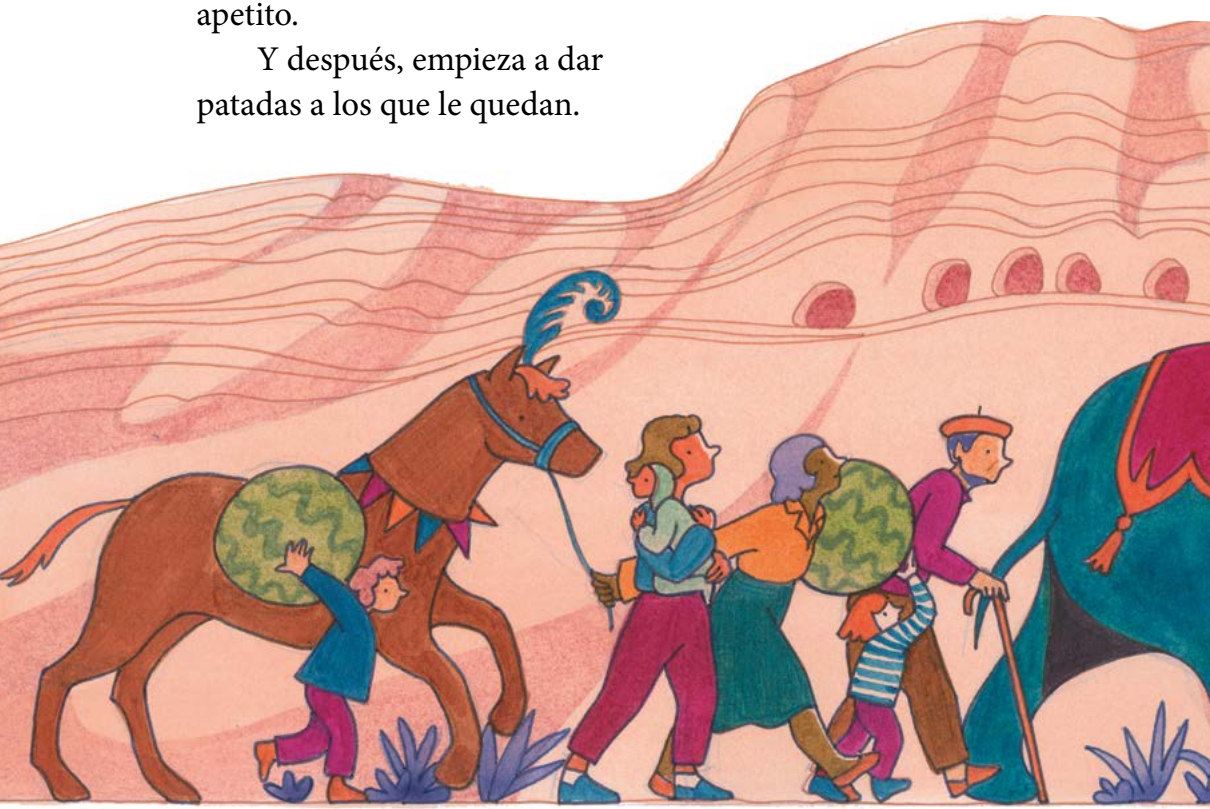
- Y con la lona de la carpa pueden hacerse unos buenos sacos –replica un hombre.

Un grupo de niñas y niños del pueblo trae varios melones algo pasados y los deja delante del paquidermo.

- Hemos pensado que tendría hambre, un animal tan grande debe de comer muchísimo –comentan.

El elefante devora varios melones hasta saciar su apetito.

Y después, empieza a dar patadas a los que le quedan.



- ¡Mirad, está jugando al balón! –exclama una niña, riendo a carcajadas–. Y varios niños más, empiezan a devolvérselos, y se incorporan al juego.

A esas alturas de julio, hace mucho calor y Pikiya propone un plan:

- Un baño en el río nos sentaría bien. Al elefante también podría divertirle, ¿no crees? –pregunta al joven cuidador.

- A mí me encanta bañarme, y ya veréis cómo se lo pasa él en el agua.

Una vez en el río, el cuidador del elefante impresiona a todo el mundo por lo bien que nada y porque se atreve a tirarse al Ebro desde el puente.

El elefante, por su parte, riega con la trompa a Pikiya,



que lava la rugosa piel del animal con un cepillo de púas gruesas. La niña se ríe tanto que no puede seguir bañando al travieso paquidermo. Después, se acercan otros niños y niñas del pueblo a cepillarle y a echarle encima cubos de agua, y se llevan, uno a uno, una buena ducha de trompa, entre grandes carcajadas.

Más tarde, se secan al sol cerca de la orilla.

- ¿Qué habrá sido del resto de miembros del circo? –pregunta un niño.

- Yo vi al director, Aristide Anastasini, y a su hija Giovanna, que es la equilibrista y amazona, escapar con tres o cuatro de los mejores caballos –afirma el joven cuidador.

- Menos mal que pudimos huir del tiroteo –replica una mujer.

- ¡Este animal nos ha traído alegría en estos días tan duros! –grita una anciana.

Pikiya respira hondo y observa la escena: niños y niñas del pueblo, relajados tras el baño, juegan con el elefante, y otros vecinos se divierten mirándoles.

Piensa en todos los amigos que ha conocido en su viaje. Julio y Flavia, que le han llevado a las termas y le han acompañado a la Xana. Andrés, que le ha descubierto mil rincones de una Lodosa parecida a la suya y tan distinta. El encantador toro con su flor en la boca, que ha dejado su camino para quedarse en Lodosa. Y ahora, el fantástico elefante y sus travesuras, su cuidador, tan intrépido, y su pueblo, sumido en medio de la guerra...

- No quiero despedirme de ninguno. Pero casi tengo la letra de la jota para la Fiesta de la Verdura y debo regresar a tiempo para ensayarla con mi grupo –se dice–. No les puedo fallar.

Y entonces, cierra los ojos bien fuerte, pone los brazos en jarra, y canta una jota con su garganta vibrante y toda su pasión.

En julio del treinta y seiiiis
con el circo Anastasiniiii,
llegó al pueblo un elefanteeee.

En medio de la Plazuelaaaa
donde instalaron su carpaaaa
se coló el odio y la guerraaaa.

Se detiene un momento, toma aire, y echa una ojeada a su alrededor por última vez.

Sobrevivió al tiroteoooo,
fue uno más del vencindarioooo
y los niños le llevaron mimos,
melones y juegoooos.

Y de pronto, se abren dos círculos en el cielo y en la intersección, surge una estela de planetas que giran. Un arco iris desciende hasta Pikiya, que desaparece en una espiral de colores.

Al abrir los ojos, ha regresado a las ruinas del



acueducto romano, rodeada de su grupo de jotas.

- ¡Qué buena eres! Te has inventado la letra en un momento.

- ¡Improvisando, como los raperos en las batallas de gallos!

- ¡Y como los bertsolaris!

- ¿En un momento...? –Se pregunta, extrañada, Pikiya–. A mi se me ha hecho un poco más largo, no sé por qué...

- Entonces ya podemos ensayar, ¡perfecto! Va a ser la sensación.

- ¿De dónde has sacado todas esas historias del pueblo?

- Si yo os contara... –piensa ella, resplandeciente.

Cuando llega el gran día, en la Fiesta de la Verdura, Pikiya lo da todo sobre el escenario. Durante su actuación, siente un gran respaldo del público, y cree ver a unos niños vestidos con túnicas blancas.

- ¡Pikiya, Pikiya, Pikiya!

- ¿Julio, Flavia...? No puede ser... –piensa.

Unos destellos dorados le recuerdan a la mágica cola de la Xana... y siente sobre ella miradas cómplices. Entre estrofa y estrofa de la jota, adivina entre las butacas una silueta que le resulta familiar: asoman los cuernos de un toro, sentado junto a un niño de unos 12 años. Un muchacho negro aplaude en el lateral del escenario, y entrevé, al fondo, ¡la trompa de un elefante!

El toro que se escapa de la trashumancia en este cuento
hace referencia a una de las leyendas que narran
el nacimiento de la tradición del Toro con Soga
de Lodosa, reconocida como Fiesta de Interés
Turístico de Navarra desde 2015.